

FRANCISCO ORTEGA - GONZALO MARTÍNEZ

MOCHA DICK

LA LEYENDA DE LA BALLENA BLANCA



Los viejos lobos
siempre han dicho
que en el mar hay
dos tipos de
tormentas.

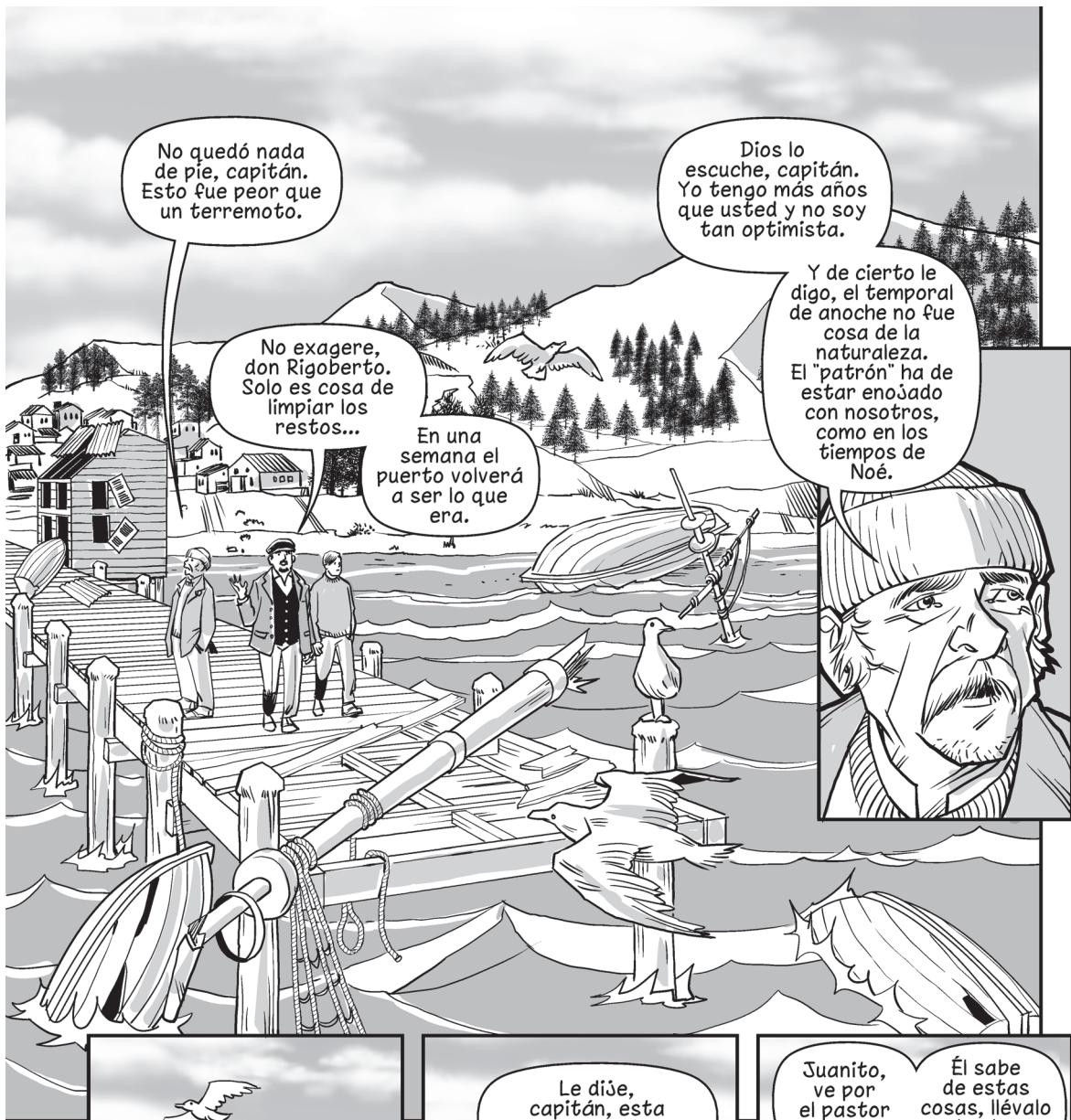
En las primeras, el
cielo entero se
rompe y los ángeles
desgarran el tejido
de las nubes.

En las segundas, el
mar se vuelca entero
para sacudir el
alma de los que
respiran en tierra.

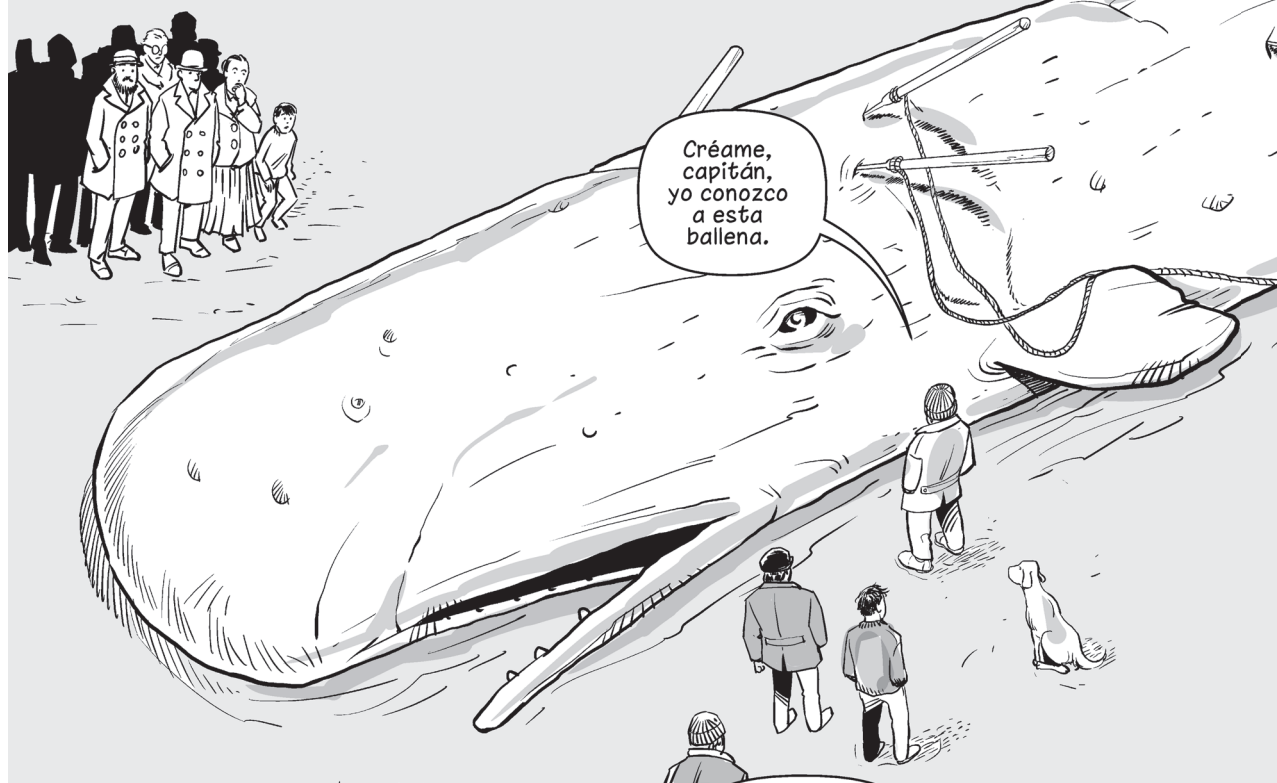
Y, por supuesto,
aunque ellos no
lo digan, hay un
tercer tipo de
tormenta...

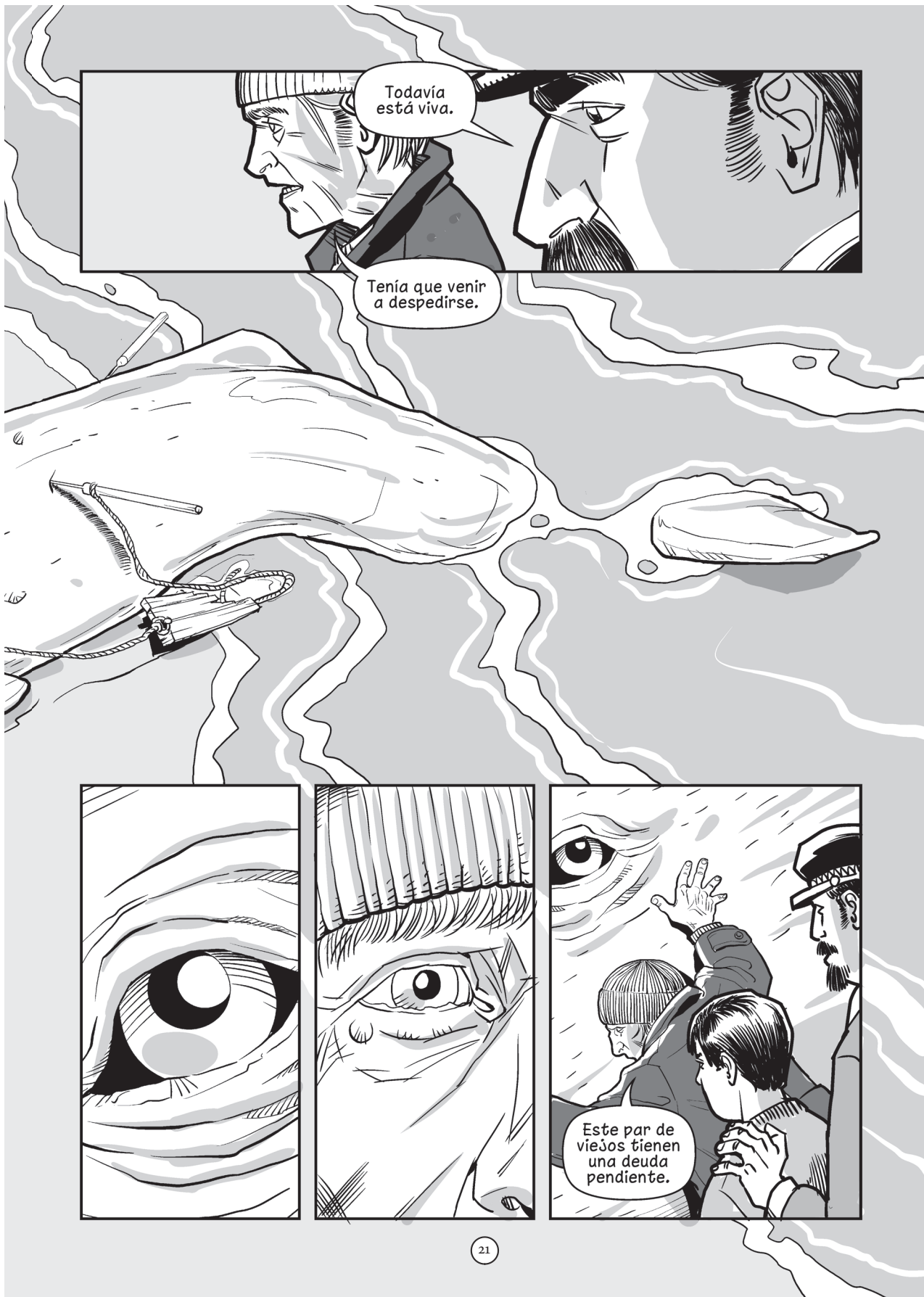
Tomé,
sur de Chile,
1889.

CRAAC





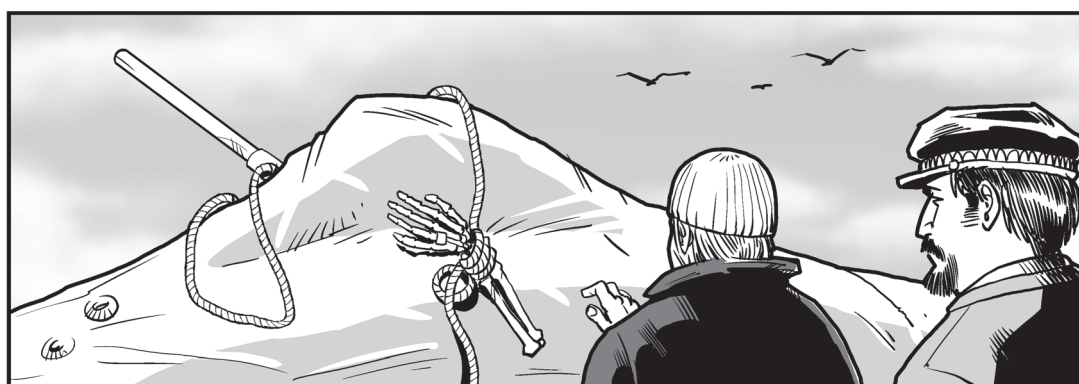
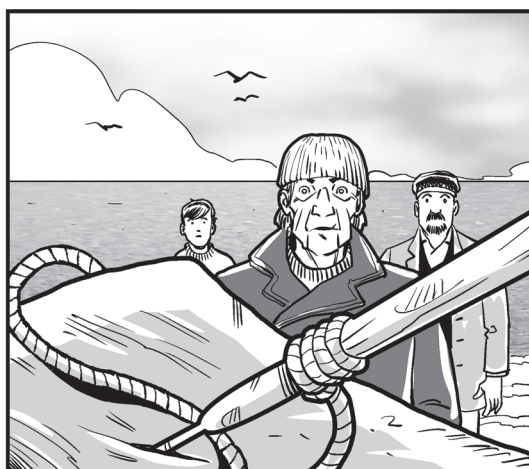




Todavía
está viva.

Tenía que venir
a despedirse.

Este par de
viejos tienen
una deuda
pendiente.

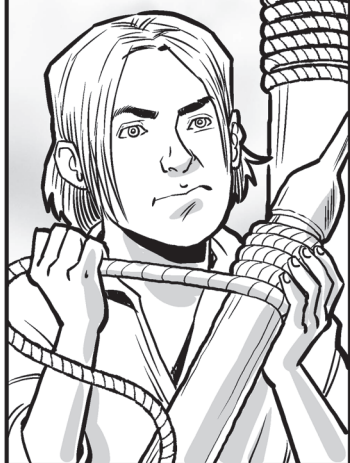


68 años
antes.

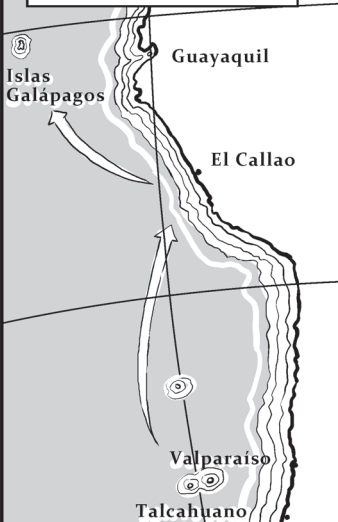
Febrero de 1821,
cerca de las islas
Galápagos, Ecuador.

Ballenero Dauphin,
con bandera de
Nantucket, Estados
Unidos.

Como hijo menor
de Jonathan Hienam,
dueño del Dauphin,
al cumplir los 15 años,
yo, Caleb Hienam, fui
embarcado en mi
primer crucero
ballenero.



Después de tres años
habíamos pasado los
últimos meses
bordeando la costa
de Sudamérica.



Mis responsabilidades
eran pocas. Básicamente
hacer caso a lo que
ordenara el capitán Zimri.



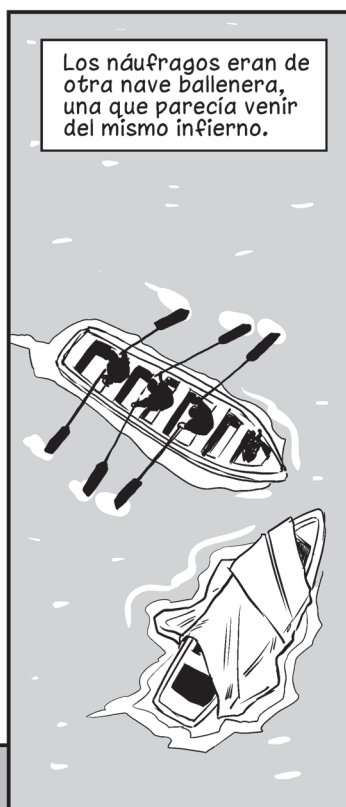
Si debo ser sincero,
convertirme en ballenero
no estaba en mis planes.



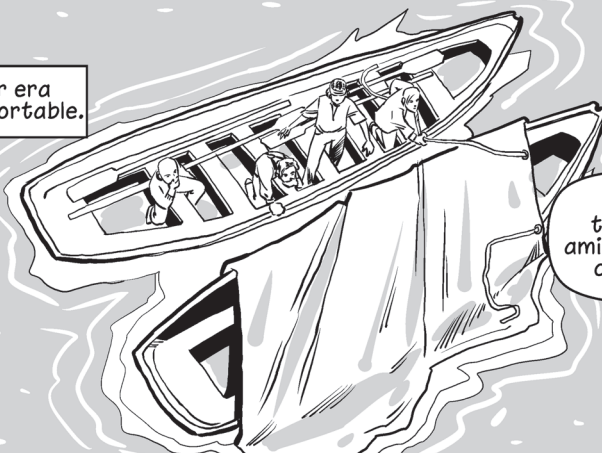
Tenía otra
responsabilidad
en el Dauphin.







El olor era insoponible.



Caleb,
trae a tu
amigo, vengán
conmigo.



Respira
por la boca,
Caleb.

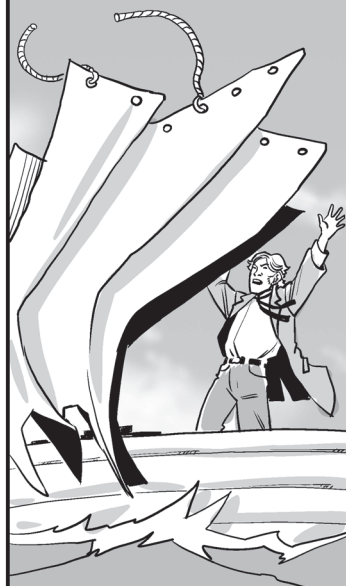
No sea
señorita,
señor Hienam.
Recuerde
de quién es
hijo.



Ahora, asnos
y llorones. Tomen
la vela y ayúdenme
a descubrir qué
hay aquí abajo.

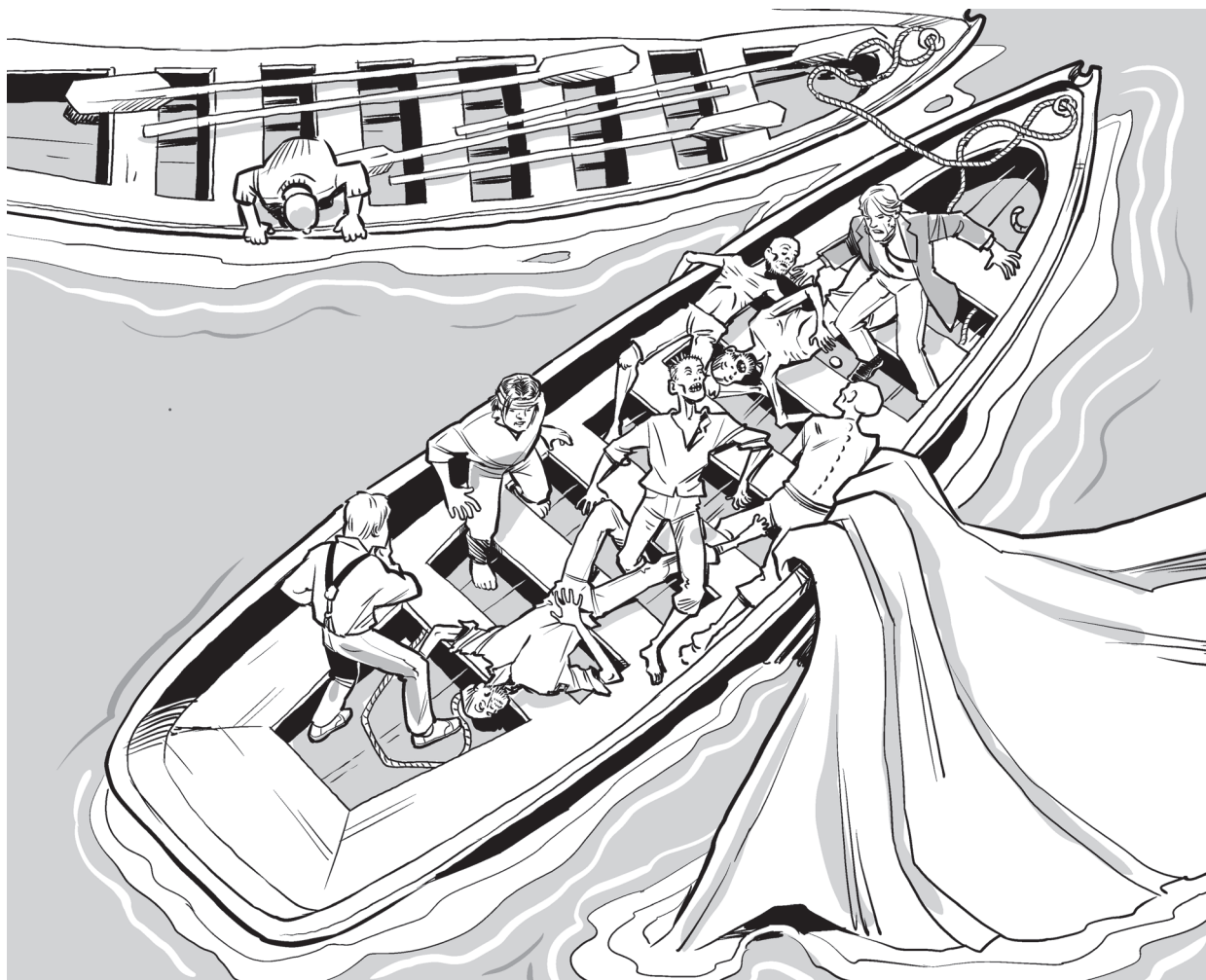


Con justicia creo
que Tobias Smythe
se arrepintió de esa
orden hasta la hora
misma de su muerte.



El horror...





En siniestra caravana,
remolcamos la ballenera
fúnebre hasta el Dauphin.



Tres eran los supervivientes:
El capitán George Pollard, el
primer oficial Chase y Charles
Ransdell, un marinero.



Rápido
señores, a
las literas con estos
hombres.

La primera orden de
Zimrí fue quemar el
bote de los muertos. La
segunda orden fue aún
más sorpresiva.

¡Timonel, cambie
el curso! Rumbo al
Callao, las actividades
de cacería de ballenas
quedan suspendidas.

Los naufragos
del Essex son
nuestra prioridad,
señores.



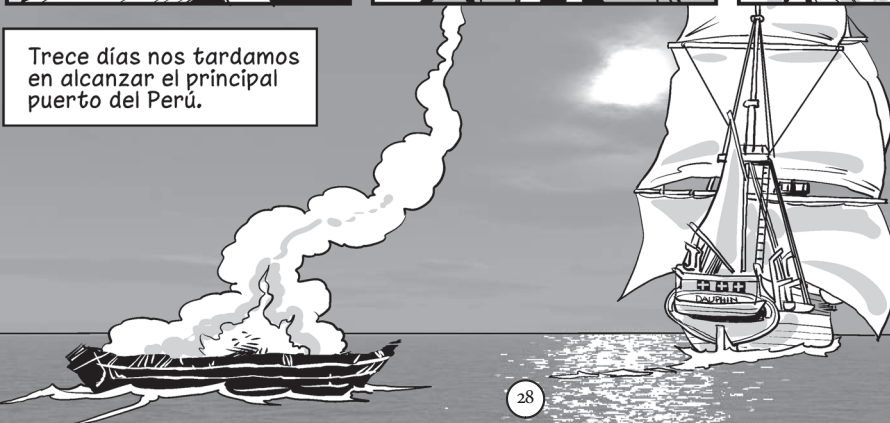
Regresamos
a tierra,
Leñtraru.

Acarreando
tres almas que le
ganaron a la muerte.
No sé qué significará,
amigo mío, pero
bueno no es.

Supersticiones,
Leñtraru, tonterías,
ya ve olvidándote
de ellas.



Trece días nos tardamos
en alcanzar el principal
puerto del Perú.





El vigía anunció una manada de cachalotes. Un paraíso ballenero. Decenas de gigantes rodando sobre las olas.

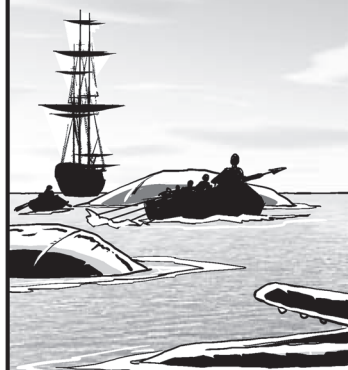
Ordené botar las balleneras.

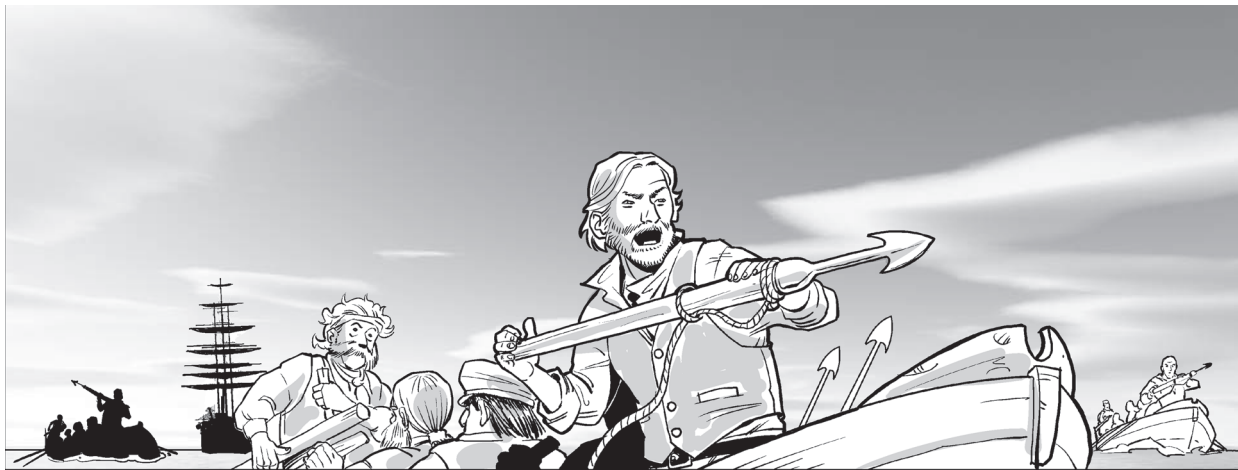
Un par de horas en alta mar y una pesca que nos haría ricos.

Entonces, desde el mismo infierno, se nos vino encima la ballena más monstruosa que hubiese visto.

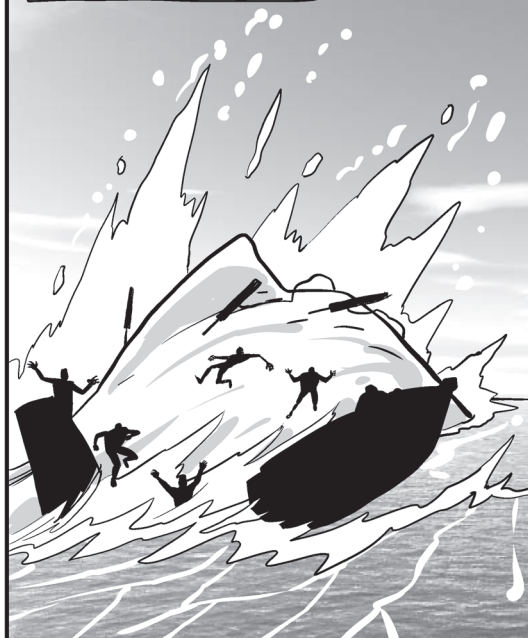
Mucho mayor que cualquier otro cachalote. La frente arrugada, la mandíbula torcida, una gran joroba piramidal...

Y esta ballena era enteramente blanca, como la nieve o la espuma. Diabólicamente albina, como han de ser las alas de Lucifer.





Tenía varios arpones clavados en el pellejo... furioso cargó contra los botes.



Intentamos arponearla pero fue en vano. El monstruo solo se enfureció más...

